



ESPAÑA, Madrid 1938

29 IV 22

CLARAS REFLEXIONES SOBRE BRAND

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

Vuelvo a pensar en el *Brand* ibseniano — o mejor kierkegaardiano — y en el problema de los problemas íntimos: el de la radical soledad interior. Sobre todo la soledad de un alma que penetrada del sentido dramático, trágico, de la historia, que es el más hondo sentido histórico, se ve peloteada entre la espuma de las olas embravecidas.

O en más baja metáfora: figuraos dos ejércitos en batalla, en un llano, el uno frente al frente y un combatiente que desde un aeroplano deja caer proyectiles sobre uno de los dos ejércitos, del que se siente enemigo, y que los del otro ejército, los que se dicen de los suyos, le reclaman a sus filas y que él contesta que desde esas filas, desde el llano, pie a tierra, no haría nada de provecho para los fines de la campaña. Ni faltaría en este ejército quien dijese que pues el hombre del aeroplano estaba sobre el ejército contrario, en el vuelo de su campo, pertenecía a él.

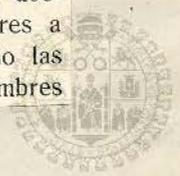
Pero esta metáfora es pedestre y ahonda poco y si la empleo es sólo para ponerme al alcance de la psicología elementalísima de nuestras masas. Con esto del aeroplano vislumbrarán mejor ciertas cosas que con el ejemplo de *Brand*. Porque el aeroplano es bien visible y es mecánico.

«Y bien, ¿cree usted en Dios o no cree en El?» Vaya usted a decir al que tal cosa le pregunte que lo primero es ponerse de acuerdo respecto a lo que queramos decir con eso de Dios y con lo otro de creer. Lo más sencillo, aunque parezca lo más complicado, y lo más breve, aunque parezca lo más largo, sería

hacer la historia de la creencia en Dios según se ha desarrollado en la historia, lo cual sería hacer la historia de Dios y la de su creencia a la vez. Pero los creyentes, así como los incrédulos—que son otros creyentes—no entienden de historia. Y en este aprieto, o se dice, como decía Goethe, que era ateo, deísta y panteísta a la vez, o se dice que no se es ni ateo ni deísta. «Ni creo ni no creo en Dios porque no acepto la categoría de creencia, tal como usted me la presenta». ¿Luego duda? es usted un escéptico...» «Ni dudo; hago historia».

«¿Es usted republicano, sí o no?»—se me pregunta—. Y repregunto: «¿qué es eso de ser republicano?» Porque republicanismo es una cosa: una doctrina, y república es otra: un hecho histórico. Y el así repreguntado se me pone a explicar su republicanismo y tal vez acaba: «¡más claro... ni agua!» Sí, más claro ni agua; pero agua clara ¡claro! Y aquí el agua está casi siempre turbia. Y más si es agua de doctrina política. Y luego aquello de Guerra Junqueiro de que los que todo lo ven claro son espíritus oscuros. «¡Luego es usted monárquico!» «No, señor, no hay tal luego».

Todo el que vive dentro de las leyes en una república es republicano aunque sea monarquista y todo el que vive dentro de las leyes en una monarquía es monárquico aunque sea republicanista. El hecho es hecho y la doctrina es doctrina. Y el historiador subordina las doctrinas a los hechos. No los hombres a las cosas, según quería Marx, sino las doctrinas a los hechos. Que los hombres





no son doctrinas. Un hombre es algo más rico, más vivo, más fecundo, más íntimo que una doctrina o que un sistema.

Figuraos al pobre Brand de jefe de un partido político local o nacional. Lo habría disuelto a los pocos días. Y de hecho en aquel oscuro lugar perdido entre los fiordos de Noruega le tomaron como algo así como un jefe de partido. ¡Y tal fué su fin! A pesar de lo cual Brand sacudió la conciencia de aquel pueblo que no fué después de su llegada el mismo que había sido antes. Le pidieron lo que él no podía dar, pero él dió más que le pidieron, pues que se dió a sí mismo. Pero no le creyeron y llamáronse a engaño. Nunca se le cree al hombre que da el hombre. Y menos si se le pide un caudillo.

Cristo, con ser el Cristo, huyó al monte cuando las turbas quisieron proclamarle rey. Dijo que su reino no era de este mundo y dejó para que después de ajusticiado pusiesen sobre su cruz que era rey.

«Bueno, bueno, esas son sutilezas; ¿usted va a apoyar a la monarquía, sí o no?» «¿Yo? ¡nunca!» «Entonces...» «¿Entonces qué?» «Que entonces ¿usted nos ayudará a derribarla?» «¿A ustedes? y ¿quiénes son ustedes? Y sobre todo, ¿cómo? ¿Cómo se derriba eso? ¡Dígame cómo! Y veamos si no es más sencillo dejar que se caiga sola y si todo lo que ustedes hagan para derribarla no contribuirá a que se sostenga más tiempo, para mal de todos y de ella misma...» «No me explico esto...» «Pues yo sí, yo me explico y veo más claro que el agua clara que es el revolucionarismo de ustedes el que mantiene en pie, aunque tambaleándose, esa momia histórica, ese pe-

llejo vacío, esa ficción... Y que no es por los procedimientos de ustedes como se ha de precipitar su definitivo e inevitable derrumbamiento». ¿Pero a qué seguir?

Hay que elevar la visión, hay que subir a cielos más puros que los del aeroplano que se cierne sobre la polvareda y la humareda de la batalla—pues no se hace puntería desde muy alto—, hay que llegar a las cimas heladas y solitarias en que murió Brand, alma religiosa.

¡Sentir religiosamente la civilidad! ¡Sentir con religiosidad la historia! ¡Llevar a cabo los propios actos sin previa deliberación pública, por sí mismo, con pura conciencia de continuidad histórica y en vista de un fin último! Tucídides, alma civilmente religiosa—su religión era la civilidad—, decía que escribía *para siempre*. Hay que hacer historia para siempre. Y por buscar un efecto de momento se puede abandonar la causa permanente. La más profunda labor política es una obra de educación.

